

formaban parte de sus relatos fantasiosos. Al explicar sus motivos, afirmó hacerlo como sicario o como parte de una secta satánica. Hoy sabemos que la mayoría de sus crímenes fueron falsos y que sus historias eran una forma de suplir su necesidad de reconocimiento.

El Monstruo de los Andes también expresaría tal necesidad, ya que, a partir de la aparición de la primera víctima, su imagen empezó a circular en la prensa, que lo señalaba como el responsable de las desapariciones que habían azotado a Ecuador en los últimos meses, lo que desató en él un ímpetu por confesar; contrarias a las declaraciones de Henry Lee Lucas, las suyas fueron comprobadas.

### **Los asesinatos: los crímenes del mayor homicida serial de la historia**

Conocida la noticia, los padres de las niñas desaparecidas se llenaron de dolor y odio, sentimientos que no eran ajenos a la prensa que bautizó al asesino como el Monstruo de los Andes. El inconformismo se esparcía por las calles y las autoridades seguían la estrategia del capitán Córdoba para conseguir la recuperación de la mayor cantidad posible de cuerpos. Entretanto, López gozaba siendo el centro de atención de los medios de comunicación y se regocijaba leyendo los titulares de prensa. Pedía con insistencia las últimas ediciones de los diarios y los repasaba como un pastor que busca consejo en su Biblia.

Pese a ello, aún existían dudas sobre la verdadera magnitud de sus asesinatos. Por ello, el capitán Córdoba intensificó sus visitas al calabozo donde tenía atrapado al Monstruo, quien, emocionado y con una sonrisa luminosa, comunicó a los detectives que estaba dispuesto a llevarlos al lugar donde tenía guardadas a sus "muñequitas". En poco tiempo se organizó una

expedición con el fin de escoltar al asesino. Los investigadores se prepararon para una excursión rural, mas el homicida sorprendió a sus captores al decirles: "Caballeros, no hay que ir tan lejos; mi muñeca está a unas pocas cuadras". Sus palabras congelaron al grupo y un ambiente de tensión se apoderó del lugar. La frustración eclipsaba el rostro de los policías tras escuchar que el asesino había actuado frente a sus narices.

El Monstruo los guió hacia el oeste, a pocas calles del centro de la ciudad. La comitiva zigzagueó entre el bullicio del comercio hasta llegar a un puente de grandes dimensiones que cruza el cañón del río Ambato. "Aquí es", dijo con la voz llena de alegría al descender de la patrulla policial. En el lugar también se hicieron presentes los familiares de las desaparecidas y un gran grupo de curiosos.

López dirigió a los investigadores hasta la base del puente, se frotó las manos con una mueca infantil y señaló un pequeño montículo de piedras y periódicos amarillentos. Un par de agentes se acercaron y removieron las rocas con rapidez, al mismo tiempo que emergieron los restos de una niña. Un grito de dolor se extendió entre los espectadores que presenciaban la diligencia y un diluvio de piedras e insultos cayó sobre el asesino, que parecía sentirse una estrella de cine desfilando sobre un tapete rojo.

Córdoba dio la orden de apartar al Monstruo para evitar un linchamiento, porque la situación podía salirse de control en cualquier momento a pesar de que los policías contenían la furia colectiva en tanto los peritos médicos realizaban el levantamiento del cadáver.

Ya en la patrulla, a salvo de la muchedumbre, Pedro Alonso López empezó a confesar los detalles de su crimen. Días antes había estado vagando por las calles que rodean el puente

buscando algo de comer y un lugar donde dormir. El día del homicidio se encontró con la menor Hortensia Garcés vendiendo periódicos en una céntrica esquina de la ciudad. Se acercó a la niña y le compró un diario para evitar que desconfiara de sus intenciones; acto seguido, aprovechó su acento extranjero y fingió estar perdido en la ciudad. Enseguida le ofreció una módica suma de dinero para que le sirviera de guía. La treta estaba armada y la pareja caminó algunos minutos entre una veintena de peatones que ignoraban la horrenda escena que estaba gestándose.

López engañó con astucia a la niña, a quien hizo descender por las escarpadas faldas del cañón sin mayor oposición. Debajo del puente, a plena luz del día, la atacó golpeándola y desnudándola para luego violarla, dejándola semiconsciente tras su violenta actuación. Sin embargo, algo parecía incompleto: López necesitaba verla morir y le propinó algunas cachetadas esperando que se incorporara. Una vez despierta, le besó la frente y las mejillas para estrangularla sin dejar de verla a los ojos. Luego la estrechó con fuerza contra su cuerpo hasta que falleció entre sus brazos.

A la mañana siguiente ocultó el cadáver bajo una montaña de piedras, desechos de construcción y los periódicos que vendía la infortunada víctima, diarios cuya primera página mencionaba la alarmante sucesión de desapariciones que azotaban a la ciudad. Los policías grabaron cada una de las palabras del asesino al tiempo que los médicos forenses confirmaban que la niña había sido violada y estrangulada. Tan solo un par de horas después se encontraban de nuevo en una carretera en búsqueda de más víctimas.

La camioneta de la policía serpenteaba en medio del frío andino y de las volcánicas montañas de la sierra ecuatoriana. En

su interior, el capitán Córdoba trataba de contener sus sentimientos de odio y rabia contra el Monstruo de los Andes, quien sonreía, miraba impávidamente el paisaje que se abría en el horizonte e impartía órdenes al conductor, guiando el auto por un laberinto de caminos de polvo que servían de sistema de comunicación a los alrededores de Ambato.

Después de un par de horas, López mandó que detuvieran el vehículo en medio de una colina donde la brisa helada de las montañas movía las hojas de los árboles, llenando el lugar de nostalgia y melancolía. El Monstruo se calentaba las manos con su aliento mientras su rostro parecía rebosar de alegría. "Sigamos por acá. Aquí es donde está otra de mis muñequitas", dijo emocionado marchando con ansiedad hacia una vieja casa abandonada. "Está dentro", informó a los detectives. De inmediato uno de los hombres rompió el candado de seguridad de la estropeada puerta de madera que les impedía el paso. Ya en el interior de la vivienda, un cuadro horroroso perturbó a los asistentes. Sobre el piso se encontraba el cadáver de una niña desnuda en estado de putrefacción. Alrededor, sus ropas estaban esparcidas en desorden y su verdugo parecía disfrutar con el escenario. Al percatarse de la situación, el capitán Córdoba ordenó que se dispusieran los medios para trasladar los restos a la ciudad y pidió sacar al criminal del lugar.

Días después, el Monstruo de los Andes relataría los detalles del homicidio. Según su declaración, una mañana se encontraba caminando por una céntrica calle de la ciudad cuando se encontró con una niña morena. Le preguntó por sus padres, a lo cual la pequeña contestó que se encontraban en una tienda a pocos metros del lugar. Al darse cuenta de que se trataba de una niña amigable y confiada, el homicida se dispuso a seguir con su rutina de engaños. Simulando estar perdido, le ofreció una

cantidad de dinero para que lo guiara al terminal de transportes. La niña cayó en la trampa y, sin darse cuenta, no solo guió al desconocido, sino se sentó junto a él en el bus camino a Quito. A mitad del trayecto López la hizo descender en un terreno solitario frente a la mirada de un buen número de viajeros. La pareja caminó durante algunas horas por campos y senderos solitarios, porque el asesino buscaba fatigar a la víctima "para que tuviera menos fuerzas para defenderse", como confesó ante la grabadora del capitán Córdoba.

Luego de avanzar entre cultivos y praderas, el Monstruo encontró una casa abandonada, la rodeó y observó que estaba sellada y sin posibilidad de entrada. Utilizó su poder de convencimiento y manipulación para que la niña ingresara con él por un agujero abierto en el cielo raso. En el interior de la vivienda, nada lo detuvo: golpeó a la menor y le rompió sus vestidos, para después violarla durante al menos doce horas. La niña se desmayaba debido a la violencia del ataque, ante lo cual López la revivía con intermitencia dándole pequeños golpes y llamándola. Cuando despertaba, volvía a violarla y la estrangulaba para mirar en sus ojos cómo su inocente vida se extinguía en medio de la soledad. Durmió abrazado al cuerpo y huyó del lugar con los primeros rayos del sol.

Estas escenas e historias pavorosas se repitieron durante las siguientes semanas. El grupo de detectives desenterró y recuperó más de treinta y cinco cuerpos. En la comisaría de Ambato se levantó una pequeña morgue improvisada, donde los familiares de las desaparecidas desfilaban llenos de tristeza y dolor. Las víctimas eran reconocidas por su edad y sus vestidos, así como por algunos detalles y accesorios como aretes o relojes.

A medida que las niñas eran identificadas, la rabia y el malestar se esparcían entre la población, que creaba conatos de

revuelta aclamando justicia. Lluvias de piedras y padres expectantes esperaban afuera de los calabozos de la comisaría donde se encontraba encerrado el Monstruo de los Andes. Fue tanta la presión de la ciudadanía y el interés de los medios de comunicación que se organizó una improvisada rueda de prensa.

La escena parecía extraída de una película surrealista. Más de una docena de periodistas esperaban en un viejo salón del cuartel la llegada del mayor asesino en serie de la historia. Los comunicadores aguardaban con ansiedad hasta que, escoltado por dos agentes, apareció un hombre desgarrado, de mediana estatura, nariz aguileña y recién afeitado, que permaneció en silencio algunos segundos frente a los flashes de los fotógrafos que se estrellaban contra su cabello embadurnado de gomina. El Monstruo sonreía exhibiendo su dentadura incompleta y el brillo de sus ojos cafés; como si acabara de ganar el Premio Nobel, se pavoneaba arrogante frente a una nube de reporteros que de inmediato empezó a lanzarle sus preguntas.

Las respuestas de López fueron aún más perturbadoras que su aspecto. Cuando se le preguntó por qué mataba y violaba a las niñas, el asesino respondió: "Yo no he matado a nadie, ustedes están muy equivocados, soy una persona muy especial, enviada por un ser superior, para salvar a las niñas de todos estos países, para salvarlas de tanto sufrimiento y tanta pobreza; cuando veo una niña desgraciada en la calle la llevo a descansar". Un silencio incómodo inundó el aire por algunos segundos, para ser roto por un bombardeo de preguntas que se mezclaban entre sí. Al averiguar por el número de víctimas que había asaltado, contestó: "Muchas; no sé exactamente el número, pero mi labor ha sido muy dura en Ecuador, donde son por lo menos doscientas; en Perú, como cincuenta, porque me sacaron corriendo de allí, y en Colombia, muchas más, porque es mi patria". A cada

respuesta el auditorio actuaba con incredulidad. El asesino era frío y seco; hablaba de las niñas como si fueran objetos cuando se refería a ellas como sus "muñequitas". Nunca las identificaba por su nombre ni por algún detalle personal. Mezclaba las noticias políticas que leía y escuchaba para crear un discurso que justificara sus actos en medio de su prepotencia; por eso, al preguntarle qué haría ahora que estaba capturado, replicó: "Por ahora, ayudar a encontrar más de mis muñequitas; después me voy a seguir con mi obra a los Estados Unidos, porque allá hay muchas niñas que sufren y yo lo que estoy es cumpliendo con un deber revolucionario".

Si bien nos pueden parecer excéntricas e incoherentes, sus respuestas nos develan la razón de sus actos y nos sirven para internarnos en su mente criminal y descifrar el enigma de su brutalidad. Estas afirmaciones muestran un rasgo característico de la mayoría de los asesinos en serie alrededor del mundo: una personalidad psicopática. La psicopatía es un trastorno de personalidad antisocial. Los psicópatas son mentirosos, compulsivos, encantadores y atractivos, utilizan su conocimiento de la sociedad que los rodea para manipular y engañar a otros, no sienten miedo y tampoco sufren de culpa o remordimiento; por esa razón son propensos al crimen y al maltrato. Se calcula que al menos uno por ciento de la población mundial sufre de esta enfermedad.

Cabe anotar que los psicópatas no son siempre sanguinarios delincuentes; al contrario, pueden ocupar puestos de alto nivel en la empresa privada o el Gobierno y ser personas destacadas de la comunidad en donde viven, escondiendo en el fondo una personalidad egoísta y manipuladora.

La falta de sentimientos de culpa es evidente en López, quien, en medio de su enajenación, solo se preocupa por sí mis-

mo. Goza al convertirse en el centro de atención y siente poder al ser buscado por cámaras y micrófonos. Sus relatos y respuestas tienen una profunda distancia de los horrores que comete. Lo trascendental es su placer y ser el centro del mundo, y le genera excitación vanagloriarse de sus acciones frente al dolor de los demás.

Otra particularidad de los psicópatas aplicable a López es su falta de empatía, definida como la capacidad de sentir lo que experimentan otros, un sentimiento común a la mayoría de los seres humanos. Por ejemplo, cuando lloramos al observar una escena triste en el cine o cuando nos enternece un niño o un cachorro, nos vinculamos con la escena y nos estremecemos con los estímulos que nos rodean. Muchos psicópatas no tienen estas sensaciones y parecen no percibir sentimientos frente a circunstancias externas, lo que favorece que sus actuaciones sean frías y crueles.

Otra característica que sorprendió a los investigadores ecuatorianos en el caso de López fue su falta de piedad frente a las víctimas, lo que muestra una tendencia sádica. El asesino no solo atacó a las niñas en el momento en que estaban más indefensas, sino que las martirizó con más fuerza cuando pidieron clemencia o rogaron por sus vidas. Es como si su sangre hirviera de placer al verlas sufrir.

Valga señalar que el sadismo es una definición construida por la psicología desde principios del siglo xx y hace alusión a la sensación de placer sexual o emocional que sienten algunos individuos al infligir dolor o sufrimiento a otros. La palabra proviene de las obras literarias y ensayos filosóficos producidos por Donatien Alphonse François de Sade, conocido por su título de marqués de Sade, quien en sus novelas narra innumerables violaciones, incestos, torturas y mutilaciones. Estos libros



gozaron de gran popularidad desde su edición en el siglo XVIII. El marqués de Sade terminó y pasó gran parte de su vida encerrado y en algunas ocasiones escribiendo sus textos con sangre sobre las sábanas del manicomio en donde fue recluido tras ser perseguido por una sociedad intolerante que lo veía más como a un demente que como a un artista. Sus letras inspiraron generaciones de escritores y científicos sociales.

Además de poseer rasgos sádicos, los crímenes de López son rutinarios y sistemáticos. En cada lugar, la escena del crimen parece calcada de la anterior. El Monstruo utiliza la misma técnica para acabar con la vida de las niñas: las engaña prometiéndoles dinero y las lleva a lugares apartados, haciéndolas caminar largos trayectos para someterlas con más facilidad. Alejados de posibles testigos, las viola y golpea para después estrangularlas, no sin antes revivirlas si han quedado inconscientes, con el fin de volver a violarlas y ver en sus ojos el momento de la muerte. Luego duerme abrazado a los cadáveres hasta que se enfrían y más tarde los abandona.

Cada una de estas actuaciones repetitivas nos sirve para descifrar las motivaciones e impulsos del homicida. Utiliza su encanto y su capacidad de manipulación para engañar, lo cual le proporciona sentimientos de poder que se unen al placer sexual cuando viola a sus víctimas. El asesino encuentra así un cúmulo de intensas sensaciones de control y goce, emociones que se vuelven muy gratificantes y que busca repetir con cada crimen.

Su obsesión por observar la muerte en los ojos de sus víctimas es una característica más de su necesidad de ejercer control sobre el mundo, de tener la potestad de destruir y de experimentar una sensación de omnipotencia. Al conectarse con la mirada de su víctima, el asesino busca encontrar el vacío y la destrucción que él mismo produce. En los años ochenta, un

grupo de periodistas de la televisión ecuatoriana preguntó al Monstruo de los Andes cómo era la muerte y este respondió: "Es la oscuridad; los ojos se van cerrando hasta que no queda nada. Es la nada".

De manera similar, el 2 de enero de 1999, el corresponsal y fotógrafo estadounidense del *National Examiner* Ron Laytner publicó una antigua entrevista con Pedro Alonso. En ella volvió a mencionar la importancia que tenían para él los ojos de sus víctimas: "Me sentía satisfecho con un asesinato si lograba ver los ojos de la víctima. Había un momento divino cuando ponía mis manos alrededor del cuello de las niñas y observaba cómo se iba apagando la luz de sus ojos. El instante de la muerte es terriblemente excitante. Una niña necesita unos quince minutos para morir. Era como una fiesta". Esta relación entre la vida y la mirada, entre la luz y la oscuridad, la existencia y la nada es la que lo lleva al éxtasis, pues, como ya mencionamos, en los ojos ve representada su acción devastadora.

Por otra parte, el hecho de dormir abrazado a los cadáveres es una muestra de relajación y tranquilidad. Luego de la ansiedad acumulada entre las diferentes muertes llega un momento de distensión y saciedad, evidente en el hecho de que se queda dormido después de cada estrangulamiento, como si cayese en un trance tranquilizador. Este sentimiento sale a relucir en sus conversaciones con el capitán Córdoba: "Después de dormir con mis muñequitas, quedaba tranquilo, como lleno de energía", dijo el sanguinario asesino en medio de sus interrogatorios. En su estructura mental, las víctimas no poseen ningún atributo moral; son solo objetos, entes que le sirven para obtener placer. Las denomina y compara con elementos inanimados como las muñecas, que son representaciones inertes de personas. En definitiva, para López no existe el valor de la vida, como

quedó en evidencia en la entrevista concedida a Ron Laytner: “Después de un rato [...] porque no podía moverse [la víctima], me aburría y me iba en busca de chicas nuevas. Es como comer pollo. ¿Por qué comer pollo viejo si se puede tener el pollo joven?”, respondió al fotógrafo cuando le preguntó por la razón de tantas muertes.

Deshumanizar a las víctimas es común en la mayoría de los asesinos y violadores seriales, ya que, para ellos, los “otros” no son más que un medio para conseguir sus objetivos, cosas puestas en el mundo para ser utilizadas y desechadas a su antojo.

Para el capitán Córdoba y su equipo, muchas de estas actitudes resultaban sorprendentes y se hacían palpables día a día. Con el paso de los meses, el Monstruo de los Andes los llevó lejos de Ambato, transportándolos por casi todas las provincias de Ecuador. Viajaban con premura, transitaban de pueblo en pueblo, de tumba en tumba, levantaban información con las comunidades y recolectaban pruebas para incriminar al homicida.

En algunos lugares los cuerpos no aparecieron, porque habían sido esparcidos por inundaciones y animales o habían sido hallados con anterioridad a la diligencia. En los alrededores de la ciudad de Santo Domingo de los Colorados se encontraron varios cadáveres y en el Cantón de la Troncal, en la provincia del Cañar, aparecieron varias osamentas de niñas. En cada uno de estos lugares el asesino se regocijaba y parecía sentir alegría frente a su macabra obra. Sus confesiones y sus historias eran casi las mismas en cada lugar. Engaños, violaciones y estrangulamientos. Los restos y lugares parecían interminables: Tulcán, Quito, Azogues, Manta, el país entero estaba sembrado de cadáveres.

Se llegaron a recuperar 57 cuerpos, todos de niñas entre los 7 y 12 años pertenecientes a clases populares. Luego el Monstruo dejó de cooperar debido a que al comienzo de su juicio

se sintió traicionado por sus “amigos” policías y cayó en un profundo silencio.

Por esa misma época, el periodista colombiano Jairo Enrique Gómez Remolina, especializado en crónica roja y que publicaría más tarde el libro *El estrangulador de los Andes*, se interesó por el caso y realizó un recorrido por tierra desde Bogotá hasta Ambato, encontrando a su paso una gran cantidad de niñas desaparecidas. El Espinal, Neiva, La Plata, Popayán, El Bordo y Pasto son tan solo un puñado de las poblaciones en donde el comunicador encontró decenas de denuncias por parte de padres y autoridades que parecían confirmar las confesiones del Monstruo.

Gómez Remolina tuvo contacto con López durante varios días y conoció a fondo la mente del criminal. El periodista estaba interesado en saber si el Monstruo de los Andes podría ser el mismo Monstruo de los Mangones —un mítico asesino serial que azotó Cali en la década del setenta y de quien se tienen pocas pruebas— o si podría ser el mismo Sádico del Charquito —un homicida de mujeres que atacaba en cercanías al Salto del Tequendama a las afueras de Bogotá—, luego identificado como Daniel Camargo Barbosa, a quien dedicaremos un capítulo entero de este libro.

Cuando Gómez Remolina preguntó a López sobre el asunto, este respondió: “Yo por Cali no he viajado. Yo siempre he permanecido en Bogotá. Cuando viajo, lo hago siempre por Tolima, Huila, Cauca y Nariño. Después entro al Ecuador y paso al Perú, que también conozco; esa es mi ruta preferida. Si nos pudiéramos a sacar las muñequitas de por ahí, duraríamos años”. Era claro entonces que se trataba de un sujeto que había actuado durante mucho tiempo sin ser descubierto y que no tenía relación con los demás criminales buscados en Colombia.

Pero como si fuera un designio cósmico, el importante trabajo de Gómez Remolina fue truncado. El 4 de diciembre de 1986, el afamado periodista se encontraba departiendo en un restaurante, celebrando el fin de un año laboral, cuando un hombre se levantó de la mesa contigua y empezó a disparar en forma indiscriminada. En pocos segundos el comunicador fue asesinado junto con otras veintiocho personas por Campo Elías Delgado, quien sería conocido más tarde como el Pozzeto, por el nombre del restaurante en donde ocurrió la masacre.

En 1981, luego de un juicio que fue centro de atención de los medios, Pedro Alonso López fue sentenciado a dieciséis años de prisión, condena corta y laxa porque la legislación penal ecuatoriana, así como la colombiana, no contempla la acumulación de penas. De esta manera, el asesinato de una niña tiene el mismo peso ante la ley que el de miles. López cumplió su condena e incluso recibió rebajas por buen comportamiento y fue deportado a Colombia, donde torpemente fue liberado por el sistema judicial de este país en 1998.

Antes de dedicarnos a los últimos años de reclusión de Pedro Alonso López y su destino, debemos preguntarnos por su infancia y juventud, por las situaciones y acontecimientos que llevaron a que un niño se convirtiera, con los años, en el mayor asesino serial de la historia de la humanidad. Demos un vistazo a la forma en que se gestó el despiadado Monstruo de los Andes.

### **Cómo crear un monstruo. Infancia y juventud de Pedro Alonso López**

Pedro Alonso López nació el 8 de octubre de 1948 en la población de Santa Isabel, departamento del Tolima. Llegó al mundo el mismo año en que fue asesinado el líder liberal Jorge Eliécer

Gaitán en una de las épocas más violentas que ha vivido Colombia, un período conocido como la Violencia, cuando los seguidores de los dos partidos políticos hegemónicos —liberal y conservador— encendieron los campos y ciudades del país con la muerte y el odio sectario, produciendo un torrente de sangre que dejó huellas en cada uno de los colombianos.

En ese lapso, Santa Isabel fue azotada con especial crueldad. Bandas de paramilitares conocidos como los Pájaros perseguían a los miembros del partido liberal asesinándolos, amenazándolos o despojándolos de sus tierras. Los padres del Monstruo de los Andes eran liberales y vivían en medio del campo, en donde se dedicaban al cultivo de frutas y vegetales, así como al cuidado de especies menores y aves de corral. Todo parecía plácido en la sencilla vida que llevaba la pareja, pero la violencia les arrebató la calma.

Grupos de conservadores armados habían llegado a la región buscando información sobre los liberales de la provincia a quienes amedrantaban quemando sus casas y robando sus animales. Al percatarse de la situación, los vecinos del caserío de mayoría liberal, decidieron armarse para defenderse. Pedro Alonso, padre del futuro Monstruo, tenía una fuerte motivación para luchar: su joven esposa estaba a punto de traer al mundo a su primer hijo. Sin embargo, la guerra fue más fuerte que sus sueños y, en medio de un rápido enfrentamiento, el grupo de hombres con el que patrullaba la zona fue emboscado y aniquilado.

A causa de este suceso, Bernilda López quedó sola, embarazada y en medio de la violencia. Esa misma madrugada huyó en silencio, dejando atrás sus tierras y su tranquilidad. Varios días después, luego de un largo camino, la acongojada mujer logró establecerse junto a su madre en El Espinal, una población cercana al río Magdalena famosa por sus haciendas arroceras.

Ya a salvo, Bernilda sufrió ataques nerviosos ocasionados por el trauma que le produjeron los acontecimientos que había soportado, por lo que estuvo postrada en su cama durante semanas como consecuencia de una profunda depresión. Al ver el estado en que se hallaba, su madre cuidó de ella con las mujeres del pueblo. Poco tiempo después nació Pedro Alonso López, un niño sano y saludable a quien se bautizó con el mismo nombre del padre y el apellido de la madre.

Sobre la infancia del asesino en serie existen dos versiones: la proporcionada por su madre Bernilda López y la narrada por él mismo en sus confesiones. Antes de internarnos en el relato, cabe anotar que la mayoría de los psicópatas busca engañar a las personas que los rodean, culpan a la sociedad de sus crímenes y se escudan en las circunstancias que han soportado en sus vidas para no asumir la responsabilidad de sus acciones.

Según doña Bernilda López, después del nacimiento de Pedro Alonso conoció a un hombre con quien se casó y creó un nuevo hogar. Era una mujer joven y sola en un mundo hostil, razón por la cual decidió darse una nueva oportunidad. De este matrimonio nacieron nuevos hijos que junto con Pedro compartieron un hogar lleno de necesidades y sumido en la pobreza.

Cuando el niño cumplió cuatro años de edad, Bernilda le informó que su verdadero padre había sido asesinado antes de su nacimiento. A partir de ese instante, empezó a tener una actitud distante hacia sus hermanos, buscaba la soledad, se cerraba en sí mismo y se alejaba del mundo exterior. En todo momento rehuía la compañía de su familia, se apoderaba de los rincones más apartados de la vivienda y le reclamaba a su madre por haberse casado otra vez. Rechazó a su padrastro, quien reaccionaba ante al desprecio con violencia castigando física y psicológicamente al niño, lo cual degradó con más profundidad los lazos que lo unían con la familia.

Por otra parte, el Monstruo de los Andes tiene una visión diferente de sus primeros años. Para él, su infancia estuvo marcada por el maltrato de su madre y su padrastro, y fue testigo en varias oportunidades de las relaciones sexuales que sucedían al interior del hogar. Su representación de la familia es contradictoria. El amor y la fraternidad se remplazan por los celos y la rabia, sentimientos que gestaron en su interior un profundo odio hacia Bernilda

A la edad de diez años, un evento traumático marcaría la vida de Pedro Alonso. En un impulso de rebeldía y desesperación decidió escapar de su casa, empacó su ropa y desapareció sin informar a nadie su decisión. Bernilda estaba agobiada, puesto que su hijo se había evaporado sin dejar rastro llenando su corazón de tristeza. Lo buscó sin cesar, recorrió el pueblo palmo a palmo, sin encontrar pista alguna de su paradero. Algunas personas afirmaban que lo habían visto abordar un bus hacia Ibagué con un extraño y otros decían que estaba escondido en la casa de un vecino, mas en realidad había huido a pie hacia Bogotá.

Ya en la capital colombiana, el niño se enfrentó a un mundo hostil y violento. Vivió en las calles cercanas al centro de la ciudad sin techo ni alimento. Poco a poco adquirió el modelo de vida que lo caracterizaría para siempre y marcaría su existencia: comenzó a errar por la urbe sumido en la indigencia. No obstante, López no era el único niño que buscaba refugio en las aceras y se reunió con otros menores en iguales condiciones con los que formó un "parche de gaminés". El grupo se dedicaba a protegerse, a pedir limosna y a robar para sobrevivir; dormían en casas abandonadas y debajo de puentes vehiculares; se bañaban en fuentes públicas y consumían marihuana y bazuco para aplacar el hambre y calentarse durante las frías noches bogotanas.



nas. De esta manera, el Monstruo de los Andes sobrevivió sus primeros años entre las calles más sombrías y peligrosas de la capital, aprendiendo a permanecer en medio del hampa, la indiferencia y el rechazo social.

Dentro del grupo de niños indigentes había dos niñas que el asesino recordó con especial cariño durante los interrogatorios: "Con nosotros habían dos chinas; les tenía mucha estima. Una se la robó un hombre sin que pudiéramos hacer nada y la otra la recogió la policía. Si pudiera las hubiera mandado a descansar como a las otras para evitarles sufrimientos". Esta relación con las niñas, su desaparición y la muerte deja entrever aspectos de la mente del homicida. En este caso, el acto de matar tiene un significado "altruista", ya que en su estructura de pensamiento asesinar aparece retorcidamente como una forma de socorrer y aliviar las penas.

Según su confesión, fue a raíz del robo de sus amigas que decidió arrojarle a la soledad y romper sus relaciones con la pandilla. Sin embargo, no pasaría mucho tiempo desamparado. Tan solo un par de meses después fue recogido y adoptado por una pareja de extranjeros que lo matriculó en un colegio en el cual alcanzó a abrazar una niñez normal. Estuvo muy interesado en la lectura y se destacó en pocos días por su locuacidad y dinamismo, pero la vida le aguardaba un duro golpe. Uno de los profesores de la escuela esperó que los demás niños salieran de clase e intentó violarlo, razón por la cual se sintió traicionado y huyó al único lugar en donde se sentía seguro: la calle.

En otra de sus confesiones relató cómo fue adoptado por una pareja de zorreros que habitaban en el barrio La Concordia de Bogotá. Con ellos aprendió a manejar la zorra —una carreta artesanal halada por un caballo—, vehículo que utilizaba para cargar a cualquier niña que le gustara y se encontrara en su ca-

mino, a quien luego violaba y arrojaba malherida en algún sitio de las afueras de la ciudad.

A pesar de que estas dos historias suenan coherentes son difíciles de comprobar, pues se basan en recuerdos del asesino que bien pueden ser manipulaciones o partes de una historia fantástica creada por el psicópata para engañar a la sociedad y justificar sus crímenes.

En 1966, Bernilda López se había sobrepuesto a la tragedia y se encontraba dedicada a las labores del hogar, cuando de repente un vecino irrumpió en su vivienda para informarle que su hijo había regresado. Después de muchos años Pedro Alonso López estaba de nuevo en El Espinal. El niño que había huido regresaba transformado en hombre. Sin mayor explicación, el joven se instaló en la casa, convirtiéndose en un problema para la familia. Trataba con desprecio a Bernilda, reprochándole haberse casado otra vez y haber traído otros hijos al mundo. En el futuro asesino pasó algunas semanas con su familia en lo que consideraba sus vacaciones, aunque la situación se agravó cuando sus hermanas empezaron a quejarse de ser manoseadas por el visitante. Las agresiones llegaron a un extremo intolerable cuando Bernilda lo descubrió intentando abusar de su hermana más pequeña, razón por la cual lo expulsó a golpes de la casa.

Lejos de sentir culpa, Pedro Alonso se dedicó a consumir alcohol y regresó iracundo a las pocas horas; destruyó a patadas los muebles y puertas de la casa y luego se marchó. Doña Bernilda recuerda como dato curioso que su hijo únicamente atacaba a sus hermanas pequeñas, ignorando a las demás, lo que demuestra que para la época sus orientaciones pedófilas ya estaban presentes en su personalidad.

Tres años más tarde, en 1969, Pedro Alonso fue capturado por hurto calificado y condenado a siete años de cárcel. Una ve

en prisión, se enfrentó a un ambiente sórdido e implacable. Fue atacado por los presos más violentos, humillado y tratado con desprecio, para ser violado por uno de los reos más peligrosos. Después del hecho, López planeó su venganza; durante días esperó el momento en que su agresor se encontrara desprotegido para atacarlo. El Monstruo aprovechó el primer descuido de su atacante y lo estranguló con frialdad, cobrando así su primera víctima. De esta forma, no solo se ganó otros dos años de prisión, sino el respeto de los demás prisioneros.

Después de casi una década el mundo había cambiado y López era un hombre maduro que había pasado casi la mitad de su vida en la cárcel. Corría el año de 1978, cuando un guardián entró en la celda del Monstruo, trayendo consigo una boleta judicial y le anunció que desde ese momento se encontraba en libertad. Fue en ese instante cuando se juró a sí mismo que no volvería a ser una víctima y se convirtió en un verdugo implacable. Recogió sus pertenencias y esperó a que se abriera el grueso portón de metal que lo separaba del mundo exterior. Se alejó, vagó por el sur de la ciudad y recorrió los barrios de las localidades de San Cristóbal y Usme. En medio de sus delirios, buscaba a su amiga de infancia; soñaba con encontrarla y asesinar al hombre que la robó y la alejó para siempre de su lado.

Atormentado por sus demonios, exploraba los extramuros bogotanos. Tan solo un par de días después, paseando por el sector del Salto del Tequendama se encontró con una niña de unos diez años; se le acercó, charló con ella un rato y luego, llevado por un deseo palpitante, la atacó con todas sus fuerzas. En medio de los puños y las patadas, la menor suplicaba que no le hiciera nada, pero al escuchar estas palabras, sus más oscuros deseos afloraron, su mente se incendió y atacó sin piedad. Le desgarró las ropas y la violó con brutalidad. La niña lloraba y

el Monstruo le rodeó el cuello con las manos hasta que la niña dejó de respirar. De esta manera, Pedro Alonso López cometió el primero de sus incontables asesinatos, y cruzó así la barrera de sus fantasías, embriagándose con el placer físico y emocional que le producía el asesinato. "Por primera vez mi cuerpo se llenó de felicidad", comentó al relatar lo que había sentido después de consumir su primer homicidio.

Tras experimentar estas intensas sensaciones, se convirtió en una bestia voraz que buscaba revivirlas a cada instante. Se transformó en un adicto a la muerte. Como un alcohólico que busca un trago, sentía una profunda ansiedad que solo desaparecía luego de violar y asesinar. Vivía períodos de tensión que se acumulaban y solo se liberaban después de ejecutar sus crímenes.

Sus compulsiones lo llevaron a transformarse en un ser trashumante. Se dedicó a viajar hacia el sur del país, dejando a su paso un rastro de muerte. Desde Bogotá llegó a El Espinal, luego se encaminó a Neiva y a pie o en camiones recorrió la ruta que atraviesa la cordillera Oriental y que lleva de La Plata a Popayán. Para sobrevivir pedía limosna, hurgaba entre la basura y vendía baratijas que compraba en cualquier cacharrería. En cada lugar asesinaba al menos una niña al mes. En su mayoría eran pequeñas de bajos recursos a quienes engañaba siguiendo el mismo *modus operandi*.

Su sevicia sobrepasó las fronteras. Tras recorrer el país durante dos años, su ruta lo llevó cada vez más lejos, hacia los confines de Colombia. Llegó a Ipiales y traspasó la frontera caminando sobre el puente de Rumichaca, evadiendo los controles migratorios. Ingresó a Tulcán y tomó dirección hacia Quito pasando por las poblaciones de San Antonio e Ibarra. En la capital ecuatoriana se dedicó a vender cuchillas de afeitar al tiempo que asesinaba sin piedad. Como estrategia para evitar se: